

# La Regencia.

---

Acto 1º

---

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



# — Reparto —

| <u>Personajes.</u>                          | <u>Actores.</u> |
|---------------------------------------------|-----------------|
| Eugenia. Condesa de Argençon.               | La Maria        |
| Duquesa de Berry                            | San Juan        |
| Mademoiselle de Valois                      | Sta. Blanco     |
| Mademoiselle de Charolais - prima de estas. | Martinez        |
| La Princesa de Laussac.                     | Guillen         |
| La Vizcondesa de la Fronde.                 | Valli           |
| La Marquesa.                                | Extrada         |
| La Duquesa.                                 | Mery            |
| La Condesa de Garonde.                      | Avilero         |
| La Condesa de la Fleche.                    |                 |
| Dionisia                                    | Valli           |
| Blanca                                      | Adelita         |
| Felipe d'Orleans, regente de Francia.       | J. Ortega       |
| El Caballero de Belfour.                    | Reiz            |
| El Mariscal.                                | Truado          |
| El Duque de Richelieu.                      | Montezuma       |
| La Fara, favorito del Regente.              | Molinos         |



El Abate Duránd. *Ilano*  
 El Principe de Frossac. *Mendizábal*  
 El embajador de Portugal.  
 El Virconde de Croz. *Monteagudo de Alcazar*  
 El Baron de Mery. *Nebil*  
 El Duque de Chantiny. *Miralles*  
 El Señor de Lambert. *Gimbernat*  
 El Duque. *Ilano*  
 El Marqués. *Nebil*  
 El Coronel. *Miralles*  
 El Capitan. *Gimbernat*  
 El Teniente. *Antigua*  
 El Abate Portocarrero.  
 Francisco, criado. *Miralles*  
 Julian. *Bonifaz*  
 Un caballero de la Corte.  
 Otro caballero.  
 Un ujier *Bonifaz*

Luis XV. El Conde de Var. El Señor de Mo-  
 dane. el señor de Monfort. Soldados. Damas

## y Caballeros de la Corte.

La acción, en Francia durante los últimos tiempos de la regencia de Felipe d'Orleans. El acto primero en Ériel, pueblo próximo à la capital. Los restantes en París.

### Acto 1º

Parque del castillo de la Condesa, en Ériel, pueblo próximo à París. A un lado, fachada del castillo, è inmediato à ella un cenador.

Es de noche. Luna espléndida.

*Sra. Valls  
adelita*

### Escena 1ª

*(Música de  
trompetas y tam-  
bores)*

Dionisia - Blanca - Después Francisco.

(Al levantarse el telón, las dos mujeres están cerca del cenador, donde arreglan y disponen la mesa. Oyese, dentro, una música militar, que sonará el tiempo que juzgue oportuno la dirección de escena).

Blanca - ¿Os convencéis ya, Señora Dionisia?



Dionisia — (escuchando) Sí, es verdad; se oye  
música.

Blanca — (muy contenta) ; Música de ~~trumpetas~~  
de soldados... ; qué gusto!

Dion. — Muchacha! ; Estás empecata-  
tada!

Bl. — Escuchad cómo se acerca.  
Suena hacia el lugar. ; Por fin  
vamos a ver soldados en el  
pueblo!

Dion. — Gran de paso.

Bl. — Ose quedarán. ; Por qué no  
han de quedarse aquí?

Dion. — Dios querrá que no se detengan  
Los militares son siempre un  
peligro. ; Digo! ; Militares que  
vienen de París, del centro de la  
corrupción y del vicio, de la nue-  
va Babilonia...

Arnaldo  
# fox  
Francisco — (entrando) ; Dionisia! ; Dionisia!

Dion. — ¿Eh? ; qué sucede!

Franc. — ¿No habéis oído ~~corruetas y tam-~~  
~~bases~~? Acaba de llegar un regimien-  
to.

Blanc. — Eso nos parecía.

Franc. — Lo he visto pasar por la carretera.

Dion. — Algo grave debe ocurrir porque  
los regimientos no suelen hacer  
jornadas de noche.

Bl. — Hoy hace una luna tan cla-  
ra, ~~que parece que es de día.~~

Franc. — Tenéis razón, Dionisia. Algo gra-  
ve ocurre sin duda.

Dion. — Alguna nueva calamidad que  
Dios mandará sobre Francia, en jus-  
to castigo a' los desórdenes a' que se en-  
trega su capital. Desde que murió  
el gran Rey Luis XIV, que dió a' la  
corte y al reino entero admirable  
ejemplo de santidad...

Bl. — Pues, según decía la otra tarde  
el Señor Cura, hablando con la ve-



hora, Luis XIV, cuando joven, no  
fue' un santo, ni mucho menos...

Franc. — ; Pero se arrepintió!

Bl. — También puede arrepentirse to-  
davía el Regente.

Dio. — Ese no se arrepentirá nunca  
Es el mismo Lucifer...

Bl. — Pues, yo he oído decir que es  
muy bondadoso, y muy amable;  
sobre todo con las mujeres.

Dio. — ¿U no sabes lo que te pases.  
Acabemos de arreglar la mesa; no  
vaya a' llegar el Señor Abate.

Es el Marqués

(niego)

Gimbernato y Santizora

Bonzo

Escena 2.<sup>a</sup>

Dichos. El coronel. El Capitán. El Te-  
niente. Un aldeano.

(Dionisia, Blanca y Francisco, en el cenador, sin ver a  
los otros hasta que el diálogo lo marca).

Aldeano — Este es el Castillo de la Señora  
Condesa de Argençon.

Coronel - Pues, entonces, éste es nuestro  
algunamiento.

Capitán - No nos dañ mala residencia,  
mi Coronel.

Cot - Ciertamente. Ese palacio y estos  
jardines tienen algo de fantásticos,  
vistos a' la luz de esa espléndida  
luna.

Ten<sup>te</sup> - Y aún nos falta que ver a' la  
ninfa de estas arboledas...

Cap. - ¿Nuestra patro<sup>na</sup>?

Ten<sup>te</sup> - Cabal. Esa Condesa desconocida.

Cap. - Me parece que leo en tu pen-  
samiento, querido Gustavo. Cuí te  
figuras ya a' la dueña de este cas-  
tillo, como una deidad, una es-  
pecie de hada...

Ten - Tal vez no estéis equivocado.

Coron - Pues, si os figurais eso, correis  
gran riesgo de no acertar, amigo mío.

Ten - ¿Porqué, mi Coronel?



Cot. — Porque una Condesa que vive en el campo debe ser fea y vieja. Las que son jóvenes y bonitas están todas en París.

Cap. — Y aún no son bastantes para las que allí hacen falta.

Cot. — Como que S. A. el Regente está pensando en hacer un pedido de ellas. Sólo que no sabe a' donde dirigirse...

Dion. — Me parece que hablan en el jardín.

(Sale del cenador, y ve a' los militares)

¡Ay, Dios mío! (Salen también Blanca y Francisco)

Cap. — ¡Hola! ¿Sois, tal vez, criados de la casa?

Fran.<sup>co</sup>. — Para servirlos. —

Cot. — Pues, anunciad a' vuestra ama que el Coronel y dos oficiales del regimiento que acaba de llegar

desean saludarla.

Dion. — ¿Queréis saludar a' la señora?

Cap. — Es lo menos que podemos hacer puesto que hemos de vivir en su compañía.

Fran.<sup>co</sup>. — ¿Venís alojados?

Cap. — Pustamente.

Blanca — (con asombro) ¿Y vais a' vivir en el Castillo?

Gen. — Si, preciosa niña. ¿Os disgusta?

Bl. — No, señor; al contrario: a' mi me han gustado siempre los militares.

Dio. — (ap. a' Bl.) Calle, imbecil. (a' los militares) No se' si la <sup>señ</sup> Condesa podrá ya recibiros a' estas horas. Ella suele recogerse muy temprano, pero voy a' tomar sus órdenes. ¿No os importará esperar aquí un momento?

Gen. — ~~No señora.~~ Tardad, cuanto queráis. Esta joven se encargará de hacernos compañía.



Dion. — Perdonad, pero eso no es posible. Blanca necesita ir con Francisco... (haciendo señas a' este) a' una ocupación urgente.

Franc. — Cierito. (A Bl.) Ven.

Gen. — (¡Me aguaron la fiesta!)

Bl. — (a' Franc., al irse con' él); Verdad que el que me habló no es mal parecido?

(Váñse el aldeano, Francisco, Blanca y Dionisia).

### Escena 3.<sup>a</sup>

El Coronel. El Capitán. El Teniente.

Cot. — (al teniente) Gustavo, siento helar vuestras ilusiones; pero cada vez me parece más evidente que hemos caído en las garras de una deidad antediluviana, que oculta su fealdad en el fondo de estos bosques.

Cap. — Lo mismo sospecho. Esa Con-  
desa que se recoge antes de las diez,  
según dice su dueña, debe andar  
muy escasa de compañías.

Gen. — Y heinos aquí en Eriel, a  
seis leguas de la Capital...

Cap. — Después de tres horas de mar-  
cha a' caballo...

Cot. — Y sin saber a' dónde nos divi-  
gimos...

Cap. — ¿De veras, no sabéis, Coronel...?

Cot. — Sé que vamos a' prestar un ser-  
vicio importante, muy importante...  
pero ignoro cuál es el tal servicio.

Gen. — ¿Es posible?

Cot. — Se trata de algo que interesa  
a' Francia en general, y en parti-  
cular a' S. A. el Regente.

Cap. — ¿A S. A.?

Cot. — Así me lo ha dicho La Fare,  
su favorito, de quien he recibido



la orden.

Ben — ¿Cómo? ¿Ha sido el mismo  
La Fare...?

Cor — El que se presentó en mi ca-  
sa aún no hace seis horas, di-  
ciéndome: "Amigo mío, dispo-  
neos a partir con vuestro regimien-  
to en este mismo instante. Es or-  
den de S. A." — "¿A dónde?" — le  
pregunté. — "A Eriel" me contestó.  
"¿Y qué he de hacer allí?" — "Lo  
que os dirá este pliego" — (sacandome)  
Y me entregó el que estáis viendo,  
que ya me disponía a abrir, cuan-  
do él, sujetándose la mano,  
exclamó: "No. Ese pliego lo abri-  
réis en el lugar a donde os diri-  
jís a las doce en punto de la  
noche. Ni un momento antes."

Cap. — ¿Es extraño el misterio!

Ben — Si que lo es.

Dr. Bernaldo  
(castillo)  
X

Cot— Yañadió: "Tal vez S. A. misma amplie de palabra las instrucciones que os da' por escrito. No puedo deciros más. Guardad sobre lo que os he dicho impenetrable reserva".

Cap.— ¿Vá á venir aquí el Regente?

Cot— ¡Quien sabe!

Gen— Deliráis— ¡S. A. salir de París de noche, á la hora de sus aventuras y de sus cenas!

Cot.— Tenéis razón. Felipe d'Orleans no se ocupa de negocios de Estado sino cuando el sol luce. Desde que anochece, para él no hay más que una ocupación: amar.

Cap.— Tal vez venga á alguna aventura amorosa.

Gen— ¿Y para eso se haría seguir de todo un regimiento?

Cot— Somos demasiados para acompañarle á cenar, que es lo que á él



le gusta.

Gen. — (viendo a Dionisia) ¡Ah vuelve nues-  
tra dueña.

#### Escena 4<sup>a</sup>.

Dichos y Dionisia.

Lra Valls  
y el (castillo)

Dion~~isia~~

La Señora Condesa os ruega  
que la dispenseis que no pueda  
saludaros. Está recogida.

Cap. —

(ap. al 7.<sup>to</sup>) Octogenaria, no lo dudes

Dion —

Me ha encargado que os alojé  
en el pabellón del jardín, que da  
a la carretera, donde, si gustáis,  
se os servirá al instante un re-  
frigerio.

Cot —

Aceptamos con gratitud.

Dion —

Pues, seguidme...

(Van a salir cuando aparecen Francisco y el  
Abate Durand).

—

## Escena 5ª

Don Arnaldo Dichos. El Abate Durand. Francisco.  
y elano

~~Fran.<sup>co</sup>~~ (Al Abate) Aquí tenéis a la Señora  
Dionisia.

Dion — (saliendo a recibirle) Oh, Señor Abate,  
os esperaba

Abate — (ap. con disgusto, viéndolos) ¡Militares  
aquí!

En — (Al Cor. y al Cap.) ¿Un abate?

Cap. — Vendrá a hacer la tertulia  
a esa Condesa invisible...

Cor. — Pues, a fe' que será una velada  
divertida. Vámonos a nuestro pabellón.

Cap. — Mejor estaremos allí, seguramente.

Dion — Francisco, conducid a estos  
señores al pabellón. Perdonad  
que no os acompañe.

Cor. — Estáis perdonada, pero procu-  
rad que no se olvide la cena ofrecida...



Dion — Oh, no señor; al momento.  
(Váase el Cor. el Cap. y Ten. y Francisco).

Escena 6.<sup>a</sup>  
El Abate Durand. Dionisia.

Abate — ¿Quiénes son esos militares?

Dion — Unos alojados: los jefes de un regimiento que acaba de llegar.

Abate — ¿Ván a pasar la noche en el castillo?

Dion — En el pabellón de la carretera, pero hablad más bajo, no nos oigan.

Ab. — ¿Teméis acaso?...

Dion — Que descubran una mentira inocente que les acabo de decir. Como la señora Coudesa es poco amiga de militares, y además os aguardaba, me ha hecho decirles que estaba ya recogida.

Pero, no es cierto.

Ab. — Ah!; Vamos!

Dion — Voy a anunciarle vuestra llegada.

Ab. — Pues anunciadle al mismo tiempo la de otros dos señores que me acompañan.

Dion — ¿No venís solo?

Ab. — <sup>Vengo con</sup> Vienen ~~conmigo~~ dos amigos, que por cierto no sé donde se han quedado... (mirando hacia el interior).

*L'Es Velin*  
~~POUR VOUS~~ Ah! Sí. Allí están. (Mamando) Eh!  
104 # Barón! Vizconde!

Dion — Vuelvo en seguida.  
(entra en el castillo).

### Escena 4ª

El Abate, El Vizconde de Roy y el Barón de Méry.

Ab. — No os alarméis. La llegada de esos militares es casual. Vienen alojados al Castillo.



Baron — Sin embargo, querido Abate,  
la coincidencia me preocupa.

Visconde — Ya mi también.

Abate — ¡Bah! Defendemos la buena causa, y triunfaremos al fin.

Bar — ¡Es tan fácil una delación cuando se trata de un secreto entre tantas personas!

Ab. — Eso prueba que tenemos numerosos amigos. En la nobleza, en el clero, en todos los rangos sociales, .. entre los mismos cortesanos de Palais-Royal, hay muchos que desean salvar a Francia de la corrupción que se ensenorca de ella; de esta ola de cieno en que se ahoga.

Bar. — ¡Dios quiera que lo consigamos!

Ab. — Lo conseguiremos.

Vin — Los destinos de nuestro país no dependerán dentro de poco de la voluntad de un príncipe disoluto, ni de la vida de un niño enfermo. Estarán en manos vigorosas, capaces de continuar la política del gran Luis XIV.

Bart — Pero ¿se sabe si el Rey de España acepta?

Ab — De Felipe V. nada sabemos todavía; pero no ignoráis que el Abate Portocarrero escribió hace días, desde Madrid, diciendo que contaba con su Ministro, con el poderoso Alberoni.

Bart — Ardo en deseos de ver al buen Abate!

Ab. — Poco vais a tardar en conseguirlo.

Vin — Dos horas escasamente. A las doce debe llegar, según las noticias de ayer.

Bart — La hora está bien escogida.



Ab. —

Ya sabéis que viene con varios agentes de Alberoni, cuya presencia podría infundir recelos.

Viz —

Por eso salió ayer nuestro emisario á encontrarte en el camino, y á decirle que nos <sup>aguardara</sup> ~~esperare~~ en Tril. Desde aquí, divididos en grupos de dos ó tres personas, nos dirigiremos por distintos caminos á París....

Bat —

Fortuna grande ha sido la de encontrar este castillo aislado..

Ab —

Su propietaria es una antigua conocida mía. La traté con bastante intimidad hace un año, en una larga temporada que pasé en este pueblo, con su Cura, mi amigo de la infancia.

Viz —

Por supuesto que será una Señora de mucha edad...

Ab —

No creo que pase de los 30 años.

Bat —

¿Viuda?

Ab. — Soltera

Viz. — ¿Soltera una mujer noble y rica a' los treinta años? No sería una Venus.

Ab. — Os engañáis, amigo mío. La hermosura de la Condesa de Argençon causaría probablemente envidia a' las más celebradas de la corte.

Bar. — ¿Cómo entonces no ha encontrado esposo?

Ab. — No lo habrá querido buscar. La Condesa es una mujer piadosa, extraordinariamente piadosa.

Viz. — ¡Vamos! Una beata, entregada a' las prácticas de la religión.

Ab. — Poco menos.

Viz. — Os aseguro, mi querido Abate, que esa mujer, tal como la pintáis, ~~existe mucho~~ <sup>excita</sup> ~~excita~~ mi curiosidad.



Ab. — (viendo a' la Condesa, que aparece).

Pues, satisfacedla. Aquí la  
tenéis.

Doña Maria  
(castillo) 3da

Escena 8a

Dichos. — Eugenia.

Eug. #

Perdonadme la tardanza, se-  
ñor Abate.

Ab. —

Vos sabéis quien tenéis que perdo-  
narme, Condesa. Permitid que  
os presente a' los Señores Vizconde  
de Croy y Barón de Méry.

Eug. —

Sean bien venidos.

Viz. —

(al Barón en voz baja) ¿Sabéis que es  
una mujer encantadora?

Bar. —

(al Vizc. id.) Encantadora, cier-  
tamente.

Ab. —

Espero que vuestra bondad  
y vuestra discreción serán piá-  
dosas con mi atrevimiento de ha-  
ber dispuesto de vuestra casa.

Eug - No me deís disculpas, señor Abate. Mi casa es vuestra para todo.

Ab. - Sin embargo,...

Eug - Dejád vossabios cortesanos. Ya sabéis que soy una provinciana. No me obliguéis á poner en tortura el ingenio...

Viz - (M. Baron. en voz baja) ; Y es discreta!

Ab. - No abusaremos de vuestra hospitalidad. Esperamos únicamente á unos señores, que no deben tardar, y tan pronto como lleguen nos ~~volveremos~~ ~~volvemos~~ todos juntos á París.

Eug - ¿Cómo? ¿No os quedáis en el castillo?

Bar - Imposible, Condesa.

Viz - Bien lo lamentamos.

Eug - Pero, aceptaréis, por lo menos, una frugal colación.

Ab. - Pensáis en todo...



Eug -

Dije que os pusieran  
la mesa en ese senador (señalan-  
do) para que disfrutáreis de  
la frescura de esta hermosa no-  
che de verano. Ya está preparada

Ab. -

Si los amigos que esperamos  
pueden detenerse, aceptáramos con  
placer?

Eug -

¿Cuánta prisa traerán que no  
puedan esperar unos minutos?

Bar -

¿Quién sabe!

Ab. -

El asunto que aquí nos con-  
grega es tan delicado y urgente...

Eug -

Ya lo supongo, cuando os obliga  
a' vos, sacerdote exemplar, a' mer-  
claros en esta conspiración...

Ab. -

(como asustado) ¿Conspiración...?

Bar -

(con vivera) No es ése el nombre  
precisamente...

Viz -

(lo mismo) En efecto, la palabra...  
~~resulta algo dura...~~

Eug — Perdonadme el error. Ya os he  
dicho que soy una provinciana...

Vire — Oh! No, Señora...

Eug — Pero, en fin, si no he acertado  
en la expresión, no creo haberme  
equivocado al sospechar que el  
que os trae es un negocio de sumo  
interés...

Ab — Para la causa de Dios!

Bar — De la Religión!

Vire — De la moral!

Eug — Seguramente. Tuo sabéis cuan-  
to me consuela, en este retiro, a'  
donde llega con sobrada frecuencia  
el rumor de la depravación y de  
los vicios de la corte, pensar, que  
aún queda en ella quien defien-  
de los santos ideales.

Vire — ¿Vos no habéis estado nunca  
en París, Condesa?

Eug — Una vez, siendo niña. Fui



presentada por mis Padres al  
Gran Rey. Después, mi madre  
quedó viuda, y se encerró con  
migo en esta posesión.

Bat- ¿Tuo sentís deseo de salir de  
ella?

Eug- No. Me he acostumbrado á  
mi existencia de Campesina, y soy  
feliz en este retiro.

Vire- Aún puede alguien obligaros á  
abandonarle.

Eug- ¿Quién?

Vire- Un marido dichoso, por ejemplo.

Eug- No. Pasó la edad del matri-  
monio. No me hago ilusiones. Soy  
una vieja sotterana, y por aña-  
dida beata. Así me llaman  
todos.

Ab- Decid mejor que os llaman  
modelo de piedad.

Eug- Sigo únicamente las huellas

de mi madre. Ella no quiso nunca vivir en París.

Ab. — En tiempos de vuestra madre aún no había llegado el desenfreno de las costumbres al extremo actual.

Eug. — ¿Qué ha de suceder, cuando el mal ejemplo viene de arriba?

Bar. — Podéis decirlo. Palais Royal es la casa más corrompida de París.

Vizc. — ¡Y desde ella se gobierna a Francia!

Bar. — ¡Y se dirige la educación de un niño, que ha de empuñar en breve el cetro de una gran nación!

Vizc. — ¿Qué enseñanza!

Bar. — ¿Qué porvenir!

Eug. — Pero... ¿es verdad todo lo que se cuenta del Regente?

Ab. — Aún se cuenta poco, Condesa. La pasión de adversario no me impide ver las cualidades que le



adornan. S. A. tiene un talento natural admirable, que el estudio ha depurado y ennoblecido. Pocos franceses le aventajan en cultura, y quizás ninguno le iguala en grandezza de corazón. No negó nunca su mano a la desgracia, ni su oro a la miseria. Es llano, hasta la humildad. Su puerta está siempre abierta a todo el mundo. Avalora su mérito con no sentir envidia por el ajeno. Cultiva las letras, y protege a los que la cultivan como él; Ya veis si esto es extraño! Su valor está reconocido por el mundo entero. Se batió en España como heroico soldado y como gran general. Viene, en fin, con condiciones sobradas para ser el Príncipe más ilustre

de Europa. Observaréis que no  
le regateo el elogio. Pero, todas  
estas cualidades están oscureci-  
das por un terrible defecto. Felipe  
d'Orleans - no sé como expresarlo  
de suerte que mis palabras no ofen-  
dan a' vuestros oídos - es, no un  
hombre enamorado... - (las pasiones  
podrían merecer cierta disculpa)  
sino un demente, un frenético. Pa-  
ra él, el amor es algo como el  
aire, que hay que respirarlo  
constantemente; bien es verdad  
que el cambiar a' cada paso de  
aire es otra necesidad de su vida.  
La mujer amada al medio-día  
no ha de ser la misma a' cuyos  
pies suspire por la tarde, ni ésta  
la que le acompañe en su orgía  
nocturna. Amare a' todas ho-  
ras, cambiando siempre de amante.



¡ésta es su vida! Lo mismo  
corre detrás de un príncesa que  
solicita los favores de una ra-  
fía aldeana. Su amor más lar-  
go no ha durado jamás un día  
completo; pero su voluntad no  
es nunca suya: es de la deidad  
en cuyos brazos se encuentra. No  
le habléis de negocios de Estado  
mientras está cerca de una mu-  
jer. Le diríais: "¡Monsieur! ¡El  
Rey se muere! ¡Francia se hun-  
de!" Y él os contestaría: "Mi-  
ra, mira a' este ángel!..." Y  
aquel ángel cae del cielo me-  
dia hora más tarde, y es sus-  
tituido por otro, y este a' su vez,  
por otro a' los cinco minutos... El  
corazón de Felipe es una espe-  
cie de monstruo insaciable, que  
devora víctimas y más víctimas.

No creais que es exagerado el re-  
trato. Está tomado del natural.  
¡Este es el Regente!; Este es el  
hombre que tiene en sus ma-  
nos los destinos de Francia!

Eug— ¡Pesiús! Pesiús! Señor Abate;  
pintáis el cuadro con colores de-  
masiado vivos.

Ab.— Pues, creed que aún atenúo  
las tintas!

Enes Arnaldo  
y Ruiz (carta escrita)

Escena 9ª

10. Dichos— El Caballero de Belfour y Francisco.

~~Francisco~~— (á Belfour á quien precede)

Por aquí, Caballero. (Mostrándoselo)

Ah! Ved! Allí está el Señor Abate!

Ab— (yendo hacia Belfour, con sorpresa)

¡Belfour! ¿Qué es esto?

Belf— Que os he seguido desde París,  
reventando á mi caballo.



Ab. —

Pues, ¿qué sucede?

Belf. —

Algo gravísimo.

Ab. —

¡Oh! Callad ahora. (Adelantándose

se con él, y presentándole). Condesa,  
el Caballero de Belfour, uno de  
nuestros amigos.

Eug. —

Celebro mucho...

Belf. —

(¡Admirable mujer!)

Eug. —

Os dejo, señores. Mi presencia  
os impide tratar de vuestros asun-  
tos...

Vir. —

No, Condesa.

Eug. —

Dire que os preparen la ce-  
na, y volveré a despediros antes  
de que partáis.

(Vanse Eugenia y Francisca)

## Escena 10.<sup>a</sup>

El Caballero de Belfour - El Abate Durand. El

Virconde de Croy - El Barón de Mory.

Ab. —

Hablad ya, Belfour. ¿Qué

motiva vuestra llegada?

Belf—

Que estamos perdidos sin remedio.

Vire y Bar—

¿Cómo?

Belf—

Hemos sido vendidos. El Regente lo sabe todo.

Vire y Bar—

¿Eh?

Ab—

¿Lo decís formalmente?

Belf—

Mi caballo ha caído muerto a la puerta de este castillo. He tardado de París a Eriol menos de una hora, adelantando, no hace diez minutos a la carroza de S. A., que viene seguido de una fuerte escorta...

Vire—

Pero... explicaos!

Bar—

¿Qué ha ocurrido?

Belf—

(mostrando un pliego) Que os lo diga esta carta, encontrada por mí en el despacho del Regente.

Ab—

(copiando el pliego, y leyendo:) "Monsieur:



estáis rodeado de enemigos. Se cons-  
pira contra vos y contra Fran-  
cia. Velad por vuestra existencia  
y por la del Rey Luis XV, confia-  
da a' vuestro honor. Si quereis  
convencerlos de que no os engañen  
y deshacer por vos mismo la tra-  
ma, acudid esta noche a' Ériel.  
Allí, en el castillo de la condesa  
de Argenson, tienen cita, a' las  
12, algunos Conjurados que irán  
de París con otros que deben lle-  
gar de España enviados por  
el Ministro Alberoni. Id y me  
lo agradeceréis. Una conspiradora  
arrepentida."

Bart—

¿Quién ha escrito esa carta?

Beff—

Alguien que está enterado  
de todo.

Vire—

Bien dijisteis que estábamos  
perdidos!

Belf— Irremisiblemente.

Ab— ¡S. A. aquí! ¡Ese regimiento que  
Megó hace poco!....!

Belf— ¿Ha Megado un regimiento?

Ab.— Si. No hay solución.

Viz— Huyamos. Tal vez aún po-  
damos escapar?

Bar— Imposible. Nada consegu-  
riamos puesto que Portocarrero  
y sus acompañantes van á Me-  
gar. ¡y no estando nosotros aquí,  
caerán en la boca del lobo!

Viz— Podemos ir á encontrarlos.

Ab.— ¿A donde? El pueblo está ocu-  
pado militarmente, y además sabe  
Dios dónde estarán ocultos, espe-  
rando la hora de la cita.

Viz— ¿De modo que es preciso morir?

Belf— Morir. No lo dudéis. Jugába-  
mos la vida, y la hemos perdido.

Viz— Pues yo no me resigno. Es



preciso buscar algún medio.

Bat— Bien decid. Debe haber alguna salida...

Ab.— ¿Cómo?

Bat— Discutamos algo que nos haga ganar una hora...

Vire— Hasta la Megada de Potocarrero.

Ab.— Si eso fuera posible!

Vire— Pensemos...

Bat— (de pronto) Ah! Si! Ya encontré el recurso.

Belf— ¿Qué decid?

Bat— Que podemos salvarnos.

Vire— Hablad.

Bat— Solo hay un medio de que el Regente caiga en una red que le haga olvidar de todo.

Belf— ¿Cual?

Bat— Que una mujer hermosa le diga que esa carta es un

ardid de su amor, escrita para atraerlo...

Ab— ; Si que es una idea!

Vire— La unica para él!

Belf— Pero irrealizable. ¿Dónde tenemos a esa mujer?

Bar— Aquí.

Ab— ¿Cómo?

Bar— En ese papel se le cita en el castillo de la Condesa de Argenson, y la Condesa es muy hermosa. Ella debe ser quien ha escrito la carta.

Belf— ¿Estáis en vos?

Ab— ; Qué locura! La Condesa no accederá...

Viz— Olcis bien. Ese mismo papel dará apariencia de verdad a la mentira. Puesto que el Regente cree haberlo dejado en París, la Condesa puede presentárselo di-



ciendo:

"En prueba de que soy yo quien os llama, ved aquí otra carta igual a' la que habéis recibido."

Bar— ¡Es una invención admirable!

Vire— Querido Abate, a' vos corresponde ir a' rogárselo a' la bondosa.

Ab— Yo iría desde luego, pero será inútil...

Belf— Hay que intentarlo

Vire— Decidle que va' en ello nuestra vida.

Belf— Que únicamente se trata de una ~~farsa~~<sup>comedia</sup> que dure unas horas...

Ab— Pero, ¿cómo queréis que una mujer, soltera y piadosa, se decida a' hacer el amor a' un hombre? ¡Y a' qué hombre!

¡ Al Regente !

Vire — No le digáis que es él.

Bar — Gusto. Ocultádselo.

Belf — Y habladle al alma!

Ab — Si, si; lo haré... Por la cuenta que me tiene.

Bar — Pero, al instante...

Vire — Es cuestión de segundos...

Belf — S. A. va' a Megar.

Ab — ¡ Dios me ilumine para convencerla!

(El Abate entra en el castillo)

## Escena 11<sup>a</sup>

El Caballero de Belfour. El Virconde. El Barón.

Belf — Mirad si alguien Megar.

Vire — (yendo hacia el fondo) Nadie todavía.

Bar — Hay tiempo. Como el Abate consiga convencer a la Condesa, nos hemos salvado.



Vire — ¿Quién habra' sido el  
traidor?

Belf — No será fácil que se averigüe.  
Yo siento menos el riesgo que  
corre mi vida que el ver desha-  
cerse nuestro plan.

Vire — Yo siento ambas cosas igual-  
mente. Creed que no me ha-  
ría gracia tener que entenderme  
las con el verdugo.

Bar — Pues de eso se trata.

Belf — No. Se trata de salvar á Fran-  
cia de la abyección; de poner sus  
destinos en manos que asegu-  
ren su grandezza.

Bar — A no ser por este tropiezo,  
pronto hubieramos podido de-  
cir a' Felipe V:

"Señor: Francia está ya li-  
bre del yugo del duque de Orleans,  
y de ese Rey niño, educado

Belf-

por él en su escuela. Venid á ce-  
ñiros la corona de nuestro abuelo,  
el gran Luis XIV "  
(con ironía) ; Mal educado el Rey  
niño! ; Por Dios que deliráis!  
Es verdad que el Regente no le  
escasea los ejemplos de inmoralidad;  
que lo tiene cerca de sus hijas,  
dignas herederas de las glorias  
paternales; pero, eso ¿ qué importa,  
si ha discurrido un medio ingenioso  
que todo lo concilia? Junto á  
Luis XV se educa otro niño de su  
misma edad, de origen humilde,  
que es el encargado <sup>de</sup> los castigos  
que merecen las régias culpas.  
¿ Que el Rey se niega á estudiar?  
; Pues, azotes al otro niño! ; Que  
S. M. se insolenta con los maestros?  
Pues el compañero á pan y agua  
ocho dias. Ciertamente que no



se ha conseguido con tal sistema que Luis XV deje de ser insolente y desaplicado, pero, en cambio, el otro niño adelgaza, y tiene el cuerpo lleno de cardenales, y el Regente se justifica así ante la Historia.

Bat— Callad; ~~que viene~~ la Condesa y el Abate.

da Maria  
Sr. Elano y da  
(castillo)

Escena 12.<sup>a</sup>

Dichos - Eugenia. El Abate Durand.

~~Eug~~

Pero, señor Abate, ¿os habéis vuelto loco?

Ab—

Reflexionad que no nos queda otra salvación.

Eug—

¿Sois vos... ¡vos!... quien me propone?... ..

Ab—

El fin justifica los medios, Condesa.

Eug-

No siempre.

Ab-

Se trata de la <sup>buen</sup> causa, de la causa de Dios.

Vire-

(adelantándose) Sobre todo, la caridad exige de vos que salvéis cuatro vidas.

Eug-

¿Ch?

Bar-

Si os negáis a lo que os suplicamos, vuestras cabezas caerán por tierra, aquí, en vuestro propio castillo.

Ab-

Cierto: nuestra sangre manchará, tal vez, vuestra casa...

Eug-

(vacilando) Pero, ¿quién es esa persona que vá a llegar? ¿A quien yo tengo que decir...?

Ab-

Pues es <sup>el</sup>... (Zambomba!; Por poco se me escapa!)... es un amigo íntimo del Regente.

Eug-

¿De ese hombre corrompido a quien me describáis hace poco?



¿Y queréis que yo le diga...?  
¡Imposible!

Vire — Por piedad, Condesa...

Bat — Pensad que si no...

Belf — ¿Tenéis razón, Señora! Sois demasiado hermosa, y demasiado buena, para que os rebajéis hasta fingir amores a' un libertino, que abusaría de vuestra declaración. ¡Vuestro recato vale más que vuestras vidas!

Vire — (con acento) ¿Qué'estais diciendo?

Br. Arnaldo

Escena 13<sup>a</sup>

~~for~~  
~~Franco~~

Dichos - Francisco.

¡Señora Condesa!; Señora Condesa!

Eug —

¿Qué pasa?

Franco —

No lo sé, pero algo muy grave, sin duda. El jardín está lleno de soldados. El que los man-

da ha puesto sentinelas en todas las  
puertas con órden de no dejar salir  
á nadie.

Vire — (en voz baja á la Condesa). ¡Ya lo estáis  
viendo!

Bat — (id) Nos condenáis á perecer.

Eug — ¡Pero es que para salvaros tengo  
yo que cometer un pecado horrible!

Ab. — Una mentira inocente.

Eug — ¿Inocente, decir á un hombre  
que le amo, que le he llamado á mi  
casa...?

Vire — Cuando nosotros partamos le  
descubrirís...

Eug — Además, sería inútil. El no me  
creería, aunque yo le dijera...

Ab — Guardad esta carta, (Eugenia  
la recoge y la guarda) y si duda se  
la mostráis, diciéndole: "En prue-  
ba de que soy yo quien os ha escri-  
to, aquí tenéis el borrador de la



carta que recibisteis."

Fran.<sup>co</sup>. — (mirando hacia dentro) Ved! Ya vienen  
hacia aquí esos militares.

Bar — Entremos en el Castillo.

Vire — (a Eug.) No olvidéis que si nos  
encuentran, ~~entran~~ nos espera el verdugo.

Ab — Que nuestra sangre correrá  
bajo nuestro techo...

Belf — Pronto, que lleguen...

Eug — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué  
debo hacer? ¡Inspiradme!

(Belfour, el Abate, el Barón y el Virconde entran  
en el castillo).

Lr. Molinero y 4 soldados

X P V

Escena 14<sup>a</sup>.

Eugenia. Francisco. La Fare. 4 sol-  
dados. Después Felipe d'Orleans.

La Fare — (a los soldados dejándolos a la puerta del cas-  
tillo). Vosotros, aquí. Que na-  
die salga de la casa.

Fran.<sup>co</sup> — (en voz baja a' la Condesa) ; Ya lo veis!

La Fare — (viendo a' Eugenia) ; Una mujer?  
¿ Quién sois, Señora?

Eug — Soy... soy... ~~Mr. Garcia Ortega~~

Felipe ~~que entra y oye a' La Fare~~ — Deja, La  
Fare; yo la interrogaré.

Eug. — (ap.) ; Estoy perdidita!

Felip. — (en voz baja a' La Fare, mirando a' Eugenia)

¿ Sabes que es muy hermosa?

La Fare — (id al Regente) Por Dios, Monsieur, que  
hoy no venimos de aventuras.

Felipe — ¿ Tienes razón...; pero es hermosísi-  
ma! (A Eugenia) ; Me podréis expli-  
car, señora, vuestra presencia en  
este jardín?

Eug — No creo, Caballero, que nadie  
necesite explicar su presencia en  
su casa.

Fel — Ah! ; Sois...?

Eug — La Condesa de Argenson.



Fel —

Perdonad que no os haya co-  
nocido. ( Fijaos mucho  
en ella, y hablándola con  
esta errada galantería )

Como nunca se os ha visto en  
la corte. Ya 'fe' que es gran lá-  
stima, porque vuestra beldad  
hubiera producido en ella el  
mismo asombro que a mí me  
está produciendo en este instante.

La Fave

( tirándole de la casaca ) ¡ Monsieur !

Fel —

( ap. à La Fave ) Es verdad. ( Alugénio )

Pues bien, Condesa: siento pre-  
sentarme de esta suerte en vues-  
tra morada. Se trata de un  
asunto gravísimo: de la seguri-  
dad del Estado. Yo quiero creer  
que vos sois inocente; pero en  
vuestra casa se fragua una cons-  
piración.

Eug —

¿ En mi casa ?

Fel —

Estoy bien informado. Si sabéis algo, no me lo ocultéis. Os lo ruego en vuestro propio interés. Y si no sabéis nada no os opongáis a' que hagamos una minuciosa inspección en vuestro castillo...

Eug —

(ap.) ; Los va' a' encontrar!

Fel —

Conque, sed franca. La franqueza debe ser hermana de la hermosura. Decid cuanto sepáis de lo que os indico...

Eug —

(muy turbada) Nada sé. Os lo aseguro.

Fel —

Vuestra turbación os desmiente, y me obliga a' usar de una violencia que me es dolorosa, tratándose de vos. ; La Fare! Haz que se registre al punto la casa.

Eug —

(con viveza) Eso no! Esperad! Hablaré! ; Hablaré!

Fel —

Es lo mejor. ¿Qué tenéis que de-



críme?

Eug- (vacilante y temerosa) ¿ Vos habéis  
recibido una carta...? ¿ No es cier-  
to?

Fel- ¿ Sabéis!...?

Eug- Si señor. Esa carta... esa  
carta...

Fel- ¡ Hablad!

Eug- (¡ Perdonadme, Dios mío!) La he  
escrito yo.

Fel- (con sorpresa) ¿ Vos delatáis a' los  
que vienen a' vuestra casa...?

Eug- No señor... Al revés.

Fel- ¿ Cómo al revés?

Eug- Quiero decir... que a' mi  
casa no viene nadie; que no  
existe semejante conspiración...  
Todo ha sido un ardid mío.

Fel- ¿ Un ardid?... ¿ Para qué?

Eug- (Quisiera morirme!). Para  
veros.

Fel— ¿Para verme? ¿Vos me cono-  
cáis?...

Eug— ¡Ya lo creo! (¿Quién será  
este hombre?)

Fel— Mientras más os explicáis,  
menos os entiendo.

Eug— (con ingenuidad) Será porque no  
tengo costumbre de hablar de es-  
tas cosas.

Fel— Pero, en fin, el caso es que vos  
deseabais que viniera...

Eug— Justo. (¡Estoy sudando!)  
Yo deseaba que viniéseris...

Fel— ¿Para qué?

Eug— Para deciros... (¡No me abrego!)

Fel— ¡Hablad!

Eug— Para deciros...

Fel— ¿Qué?

Eug— Pues... (¡Es preciso!) Pues...  
que os amo! (¡Ave María Purí-  
sima!)



Fel - ¿Vos me amáis?... ¿Vos...? (De pronto, acercándose a La Fare); La Fare!; Vete!

La Fare - (con asombro) ¿Que me vaya?

Fel - Si. Y levanta esas guardias; Mevate a' esos soldados. Todo eso es ya inútil.

La Fare - ¿V. A. ha perdido el juicio?

Fel - No, hombre; es que no se trata de una conspiración, sino de una aventura. Ese ángel me ama. ¡Se ha valido de este medio para que venga a verla!

La Fare - ¿Estáis seguro?

Fel - Me lo ha dicho ella misma.

La Fare - ¿No será una anágora...?

Fel - ¿Oh?

La Fare - A V. A. no suelen engañarlo los hombres, pero le engaña fácilmente una mujer.

Fel— Me haces dudar.

La Fare— Bercioraos bien, ~~sin embargo~~

Fel— Tienes razón. Espera.

(Se acerca de nuevo à Eugenia)

Decidme, ángel mío.

Eug— (¡Ángel mío!)

Fel— ¿Puedo estar cierto de que  
no me engañáis?

Eug— (No lo ha creído. ¡Es natural!)  
Si señor, sí. Estad cierto.

Fel— Dadme alguna prueba.

Eug— ¿Una prueba? ¡Ah! ¡Sí!  
Leed esta carta. Es el borrador  
de la que habeis recibido. (Creo  
que no se me olvida nada!)

Fel— (leyendo con alegría) ¡Puesto! ¡Es  
~~igual, enteramente igual!~~ (Acercándose à él) Mira, La Fare; la  
prueba es convincente.



La Fare— La carta que habeis recibido

Felip— No es la misma... pero es otra  
semejante. ¡ Como que ella las  
ha escrito las dos !

La Fare— En ese caso...

Fel— Llévate a' esos soldados. Que  
se vuelvan todos al instante a'  
París. Cuanta menos gente mejor.

La Fare— Sin duda.

Fel— Procura tí que nadie nos  
interrumpa...

La Fare— Confíad en mí. Que el niño  
alado os sea, como siempre, propicio.  
(Váanse La Fare, Francisco y los soldados)

### Escena 15<sup>a</sup>

Eugenia— Felipe. Después Dionisia y  
Blanca.

Fel— ¡ Heinos al fin solos !

Eug— (Ay, qué miradas !)

Fel— Os aseguro que este instante  
es uno de los más felices de mi  
vida.

Eug— Cuidado... no os acerqueis tanto..

Fel— ¿Os causo miedo, hermosa mía?

Eug— (con naturalidad) Si señor; un  
miedo espantoso.

Fel— (asombrado) ¿Cómo?

Eug— Perdonad... No sé lo que me  
digo... La emoción...

Fel— Lo comprendo. La emoción  
dulcísima del amor, que yo sien-  
to también...

~~Sra Vally~~  
~~Don~~ — (saliendo) ¡Señora! La cena está  
dispuesta...

Fel— (con sorpresa) ¿La cena?

Don — (fixándose en Felipe) ¿Quié es éste hombre?

Eug. — (turbada) Una cena... que mandé  
preparar... pensando en que ven-  
dríais...

Fel— ¡Ah!



Dion — ¿Puedo servirla?

Eug — Si'.

Dion — ¿En el cenador?

Eug — Por supuesto. (Váase Dionisia)

Fel — Ahora si' que creo en vuestro amor. Conocéis, sin duda, mis aficiones, y os apresurais a satisfacerlas. Cenar con vos, los dos solos, en este jardín, es un placer incomparable, supremo.

Eug — (¡Qué vergüenza!)

Fel — Entremos en el cenador.

Venid. (La lleva de la mano)

Eug — (Qué pensaría quien me viera?)

Fel — ~~Pero...~~ ¿os sentáis lejos de mí?  
¡Oh! No! Los dos juntos. ¡Siempre juntos! (La sienta a su lado).  
¿Cómo os llamáis?

Eug — Eugenia... ~~para servirlos...~~

Fel — Precioso nombre. Permitid

La Nalls  
delita  
(platos y botellas)  
(castillo) me posar los labios en vuestra  
mana (Le besa la mano en el momento  
en que entra Dionisia, seguida de Blanca  
trayendo platos y botellas.)

Dion — (con acento, al ver el beso) Eh? ¿Qué es esto?

Eug — (¡Lo vió!)

Fel — (a Dionisia y Blanca) Dejad ahí esos  
manjares, y no volváis por  
aquí.

Eug — (con viveza.) No, no; que vuelvan  
cuando quieran.

Fel — (fixándose) ¿Pero, no traéis Cham-  
pagne? Eso es lo más preciso...

Dion — En la cueva debe haber al-  
gunas botellas.

Fel — Pues subid una, es decir, dos,  
al momento.

Bl — (en voz baja a Dion. al irse) Ese Caballero  
le ha dado un beso en la mano  
a la Señora.

Dion — No, mujer. ¡Qué disparate!



Bl— Os digo que lo he visto.

Dion— ¿U ves ~~visiones~~ <sup>vis</sup>iones.

(Váuse Blanca y Dionisia).

Fel— Nadie nos oye, Eugenia  
mía. Volvedme a' decir esa pa-  
labra que tan dichoso me ha  
hecho. Repetidme que me  
amáis.

Eug— Eso no. Las cosas se dicen una  
vez. ~~No hay que repetirlas.~~

Fel— ¿Creéis, por ventura, que ya  
~~lo~~ habeis dicho bastante? "Te  
amo" es una frase que mientras  
más se oye más nueva parece.  
No hay otra más dulce, más  
hermosa. Decirla es la felicidad.  
Escucharla es transportarse al cie-  
lo. ~~Vamos!~~ Repetidla!

Eug— (¡Qué empeño de hombre!)

Fel— Os lo ruego, bien mío...

Eug— ¡Y el caso es que parece que

lo pide con mucha necesidad!)

Fel— ¿Os negáis? Eso significa  
que me habéis engañado.

Eug— No! No! (con viveza) ; Os amo!  
(¿Qué trabajo cuesta salvar la  
vida de nuestros semejantes!)

Fel— ¿Me amáis? ; Qué felicidad!

Eug— Bien, bien... pero, no os acer-  
queis de ese modo.

Fel— Si, Eugenia mía; dejadme  
que os estreche entre mis brazos.

*h'a Valls  
ndelita  
2 Boteller champagne  
32 copes*  
(La abraza, en el momento en que vuelven  
Dion. y Blanca con las botellas).

Dion— (entrando.) ; El Champagne! (viendo  
labrazo) (¡ Jesús! ; Dios mío!)

Fel— Dejadlo ahí. Retiraos. (obedecen)

Bl— (al irse a Dionisia) Lo que es ahora  
no negareis que la estaba abra-  
zando.

Dion— ; Qué desatino! ¿Uí tienes algo  
en los ojos.



Bl — En los brazos es donde debe  
tener algo ese caballero.

Dion — (¿Se habrá vuelto loca la  
Señora?) (Vanse)

Fel — (serviéndole) El Champagne es  
el vino del amor. Bebed.

Eug — Imposible... Me hace mu-  
cho daño... (¿Si se habrán  
ido ya!)

Fel — Esta copa, por lo menos.

Eug — Bien, pero ésta nada más.

Fel — (señalando a' la copa) ; Mirad co-  
mo suben las burbujas del fondo  
a' la superficie. Parece que es-  
tán diciendo. "Somos la ale-  
gría que se escapa, la risa  
que sale a' los labios. Béban-  
nos los enamorados, y lo que  
nosotras hacemos en el cristal  
para' el amor en ellos: subir del  
fondo a' la superficie, del cora-

non a' los labios...; escaparse en  
burbujas de risas y de besos."

Eug - (¡ Qué cosas dice... y qué ca-  
lor hace! )

Fel - Bebed esta copa.

Eug - No... No...

Fel - La ultima.

Eug - Bien, la ultima!

(siguen hablando en voz baja)

~~Frén / Barón / Rey = Plano~~  
y Vehil (castillo) Escena 16<sup>a</sup>

Dichos. El Caballero de Belfour. El Abate  
Durand. El Barón. El Vixconde.

(Eugenia y Felipe, en el cenador. Los otros salen, con  
precaución, del castillo.)

~~Vixc -~~ Os digo que lo he visto desde el  
balcón... La escotta está ya ca-  
mino de Paris, y a' la puerta del  
parque hay un grupo de varias  
personas.



Belf- Sin duda Portocarrero y sus  
amigos.

Ab- Voy a verlo. Esperad. (Váse)

Bar- Daos prisa.

Belf- ¿El Regente?

Vire- No os preocupéis por él. Está  
preso en una cárcel de la que  
no tiene prisa por salir?

Bar- La Condesa nos ha salvado.

Vire- Decis bien. Le debemos la vida.

Belf- ¡Pobre mujer!

H. Pareja  
104 Escena 11<sup>a</sup>

Dichos. El Abate Durand. El Abate  
Portocarrero. Tres caballeros que acom-  
pañan a éste.

~~Pareja~~  
Belf- ¡Portocarrero!

~~Portocarrero-~~ Señores! Ya sé el riesgo que  
hemos corrido.

Ab- No pensemos en ello.

Bat— ¿Venís de Madrid?

Port— Con instrucciones concretas y  
dinero abundante.

Vixe— Pues, los momentos son preciosos.  
¡Aprovechémoslos!

Bel— A París!

Bat— A París!

Ab— ¡Bien os dije que triunfaríamos!  
(váase. Toda esta escena ha de set a media voz)

## Escena 18.<sup>a</sup>

Eugenia y Felipe (en el cenador)

Eug— (animada por el Champagne) Me decís unas cosas muy dulces, que nunca he oído...

Fel— ¿Cómo? ¿A vos no os ha dicho nadie que os amaba?

Eug— Nadie hasta hoy.

Fel— ¿Y vos tampoco se lo habéis dicho



á ninguno?

Eug -

A vos únicamente, y bien sabe Dios que ha sido por... (arrepintándose)

Fel -

¿De suerte que tengo la ventura de recoger las primicias de vuestro corazón? ¿Que soy el primero que oye una frase de amor en vuestros labios? ¿Que esa armonía divina no la ha escuchado nadie antes que yo?

Eug -

¿Cómo habláis! Lo raro es que yo también me voy volviendo charlatana. Debe ser lo que vos habéis dicho: las burbujas del Champagne, que suben, y se escapan...

Fel -

En frases de amor.

Eug -

¿De amor? (animándose por momentos) ; Si supieseis qué miedo tan grande me ha causado siempre esa palabra! Creía yo

que solo el pronunciarla quemaría los labios. Y en cuanto á sentirlo... ¡oh! sentirlo me parecía que debía ser algo terrible, pavoroso... Y ved qué cosa tan extraña. Lo que de lejos me infundía terror, visto de cerca me causa menos espanto del que yo creía. ¿Sabéis de lo que me estoy acordando? Decidme que os lo diga. No sé por qué siento un deseo irresistible de hablar, de hablar mucho... Pues.. me estoy acordando de cuando fui presentada al Rey. Yo me figuraba — es claro, tenía escasamente doce años — que Luis XIV sería una especie de ser sobrenatural, cuya presencia me sobrecogería... Cuando vi que era un hombre como cualquiera otro mi terror se convirtió en risa. Me decía para



mis adentros: "¿Y de este buen  
señor me asustaba yo tanto? No  
valía la pena!" Lo mismo  
me está pasando esta noche  
con ese amor tan temido: que  
de lejos me hacía temblar, y  
ahora, que lo estoy viendo al la-  
do mío, casi me hace reír... De-  
be ser porque vos habláis de él  
de un modo que, realmente,  
no inspira aquel terror que yo  
me figuraba... Pero...; yo no sé  
lo que me pasa! Charlo y char-  
lo, sin cesar, y casi no me doy  
cuenta de lo que digo. ; Induda-  
blemente: son las burbujas del  
Champagne! ; Vos sabéis si se  
ha ensayado ese remedio para  
hacer hablar a' los mudos?

Fel -

A los mudos de amor. Comad!  
Bebed otra copa!

Eug -

No. Ya no más.

Fel -

La última, decididamente.

Eug -

Bien. Decididamente la última. (siguen hablando).

### Escena 19ª

Dichos. (en el cenador) El Coronel. El Capitán.

El Teniente. Después La Fare. <sup>Don</sup>  
<sup>Frer Miralles (despacho) gobernador</sup>  
<sup>y tan vigoroso</sup>

~~El Cor -~~

Las doce van a dar. Ya es

~~de~~ hora de que sepamos lo que veni-  
mos a hacer aquí.

Cap -

Cierto, mi Coronel. Abramos

~~Fr. Molinos~~

ese pliego misterioso.

~~La Fare -~~

(que sale y los oye) No. Ya no es preciso.

~~Cor -~~

¡ La Fare!

La Fare -

Devolvedme ese papel, y tan pronto como sea de día volvednos con vuestro regimiento a París.

Ten -

Pero, ¿ qué sucede?

La Fare -

Que el asunto que L.A. venía



a' tratar... ha podido resolverse  
paciíficamente.

Cap — ¿S. A. está aquí?

La Fave — ¡Chst!; Hablad más bajo!  
Es un negocio delicado... diplomá-  
tico...

Gen — (que se acerca al cenador y ve a Felipe  
y Eugenia) Ah! ¿Encis varón!  
(con malicia) Es un negocio muy  
delicado. (Hace una seña al Capitán,  
que se acerca y los ve también).

Cap — ¡Delicadísimo!

(Hace seña al Coronel, que repite el  
mismo juego)

Cot — ¡No puede ser más delicado!

Fel — (a Eugenia) Me parece que oigo  
hablar en el jardín. Esperad.  
(Se levanta y sale. Eugenia le sigue).

¿Ch? ¿Qué es esto? ¿Qué  
hacéis aquí, señores?

Cot — Perdonad, Monseñor. Veni-  
mos a las riberas de Vuestro  
Arroyo.

Eug - (sorprendida al oír el tratamiento)

¿Su Altera?... (A la Fare)

¿Quién es este caballero?

La Fare - ¿Lo ignorais? ¡El Regente!

Eug - (espantada) ¡¡ El Regente !!

(Cuadro)

Felón.

---